



Revista Espiga

ISSN: 1409-4002

revistaespiga@uned.ac.cr

Universidad Estatal a Distancia

Costa Rica

Villalobos Paniagua, Ricardo Antonio
Miguel de Unamuno: la fe trascendental
Revista Espiga, núm. 26, julio-diciembre, 2013, pp. 19-27
Universidad Estatal a Distancia
San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=467846258003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Miguel de Unamuno: la fe trascendental

Ricardo Antonio Villalobos Paniagua

Bachiller en Filosofía y Humanidades, por la Universidad Católica de Costa Rica; licenciado en Filosofía por la Universidad Nacional (UNA) y licenciado en Educación con énfasis en Docencia, por la Universidad Estatal a Distancia (UNED). Profesor de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica, sección de Filosofía y tutor de la Cátedra de Filosofía en la UNED. Dirección electrónica: ravp1970@yahoo.com

Recibido: 31 de Octubre 2012 • Aceptado: 12 de Diciembre 2012

RESUMEN

El presente ensayo filosófico no solamente busca contribuir en el conocimiento, enriquecimiento o realimentación del pensamiento del filósofo vasco, sino especialmente colaborar en definir ese aspecto metafísico, que, en todo filósofo, coexiste con su entramado racional del filósofo Miguel de Unamuno. La *fe trascendental* no es sino esa apología a la esperanza que en algún momento de su vida, sino hasta el final de sus días, aconteció en el existencialismo evidente del también poeta español. Una invitación a descubrir al “filósofo hecho ser humano”, sin más.

Palabras clave: Fe, existencialismo filosófico, esperanza, angustia, amor, Dios.

ABSTRACT

Miguel de Unamuno: Transcendental faith. The following philosophical essay doesn't only seeks to contribute in the knowledge, enrichment or feedback of the Basque philosophical thought, but it collaborates specifically in defining that metaphysic aspect that, coexists in all philosopher with its rational screening of the philosopher Miguel de Unamuno. Transcendental Faith is not just that apologia of the hope which in any moment of its life, but till the end of its days it happened in the evident existentialism of the Spanish poet. An invitation to find the “philosopher made human being”

Key words: Faith, philosophical existentialism, hope, agony, love, God.

Preámbulo

El *existencialismo* filosófico, sea este ateo o teísta, quisiera definirlo de esta manera: *la manera de filosofar acerca de lo que el ser humano es y quiere ser, en la consideración real y objetiva de que el fenómeno de la existencia humana, y en forma general, está lleno de un hálito de misterio y de incertidumbre, que le imbuye entre la angustia y la esperanza.*

Bien, Ángel González (1964) explica acerca de la filosofía existencialista lo siguiente: *centra su problemática en el hombre concreto y cuyo punto de partida no va a ser el cogito, sino el sum* (p. 135). Por lo tanto, es el ser humano en sí, quien será el problema y la meta en la filosofía existencialista.

El ser humano “del existencialismo” es —en sí mismo y no en otro— el ser que *se busca y lucha* por encontrarse en el “sentido o sinsentido de su existencia”. Así pues, este es el problema esencial

y fundamental del existencialismo y, en realidad, de toda la filosofía en su historia; por ende, se puede considerar que la filosofía es esencialmente ¡existencialismo! Tanto como considero válido asegurar que la filosofía es en su complejidad y totalidad *antropología*.

El existencialismo podría ser ubicado en todo lugar y discusión en donde el ser humano se pregunte sobre sí y sobre el mundo; *el ser humano está referido a lo otro... en constitutiva relación con las cosas: consiste en el ser-en-el-mundo* (González, 1964: 135).

En el existencialismo el ser humano se “abre” al mundo y con este mundo a los demás seres. Primero debe hacerlo a sí mismo, luego a sus semejantes y, posteriormente, al resto del mundo. Somos seres, no obstante, que al interrelacionarnos con el mundo aprendemos a entender quiénes somos.

Por este dilema de que cada uno de nosotros nos comprendemos siendo(*sum*), y luego de la participación en la sociedad y la naturaleza, es que el existencialismo filosófico cobra suma relevancia en la historia del pensamiento universal: *somos los seres que nos autodescubrimos y lo hacemos trascendentalmente al convivir*.

El existencialismo parte de la experiencia humana misma, esa trascendentalidad la vislumbramos desde las experiencias vitales personales y sociales, pues aunque lo social sea el primer espacio de conocimiento, la introspección de todos y cada uno de nosotros será al fin de cuentas la vuelta de ruleta que nos ubicará en el sentido o el sinsentido de la existencia personal, en realidad nuestro punto de inicio es autoconocernos. Nuestras experiencias nos animarán o desanimarán en la vida y, con ello, se definirán y echarán a la suerte nuestras mejores o peores decisiones: *vivir o morir*.

El existencialismo, sin el concepto de trascendentalidad, es inocuo y vacío; lo trascendente del espíritu humano le da vida a esta escuela de la filosofía. En el existencialismo teísta lo trascendental es concebido como alma y Dios, y el ser humano que se trasciende a sí mismo en su

autoconocimiento. En el ateísmo como percepción de un mundo ajeno a mí: ¡*lo otro!*, ¡*el mundo!* y del cual me valgo para interpretar también mi existencia, sin necesidad de recurrir a seres metafísicos.

En ambos existencialismos la fe es primordial, mucho más que la razón; de hecho el existencialismo es una afrenta a lo puro racional. El filósofo existencialista teísta tiene fe en lo divino, el ateo tiene fe en sí mismo. Ambos antropocéntricos pues es su vida la que está en juego.

Aún más acerca del existencialismo como filosofía, Guillermo Vásquez (1970: 11) expone que *el término “existencialismo” no designa un sistema filosófico concreto*. En fin, puede ser que en realidad el existencialismo no sea sistemático de ninguna manera, nada en filosofía es más “libre” que el existencialismo, y debe serlo porque cada ser humano es individuo y, por ende, cada ser humano descifra su existencia en la vida desde su perspectiva personal ¡no puede ser de otra manera!

El mundo no existe sino existo yo, eso está claro. El existencialismo no existe si no existe el ser humano, eso también está claro. Cuando “hacemos existencialismo” no estamos pensando sino en el ser humano, nada más, lo que agregado a ello sea, lo es en tanto afecta al ser humano y lo determina.

La definición de existencialismo que da Vásquez (1970) es la siguiente: “[...] el existencialismo es una manera de vida que encierra el yo total de uno en actitud de completa seriedad acerca de sí mismo” (p. 13).

El existencialismo y su importancia radica en su empeño por descifrar al ser humano personal y ello desde la posibilidad de que cada uno como individuo se permita hacerlo. Como antropología, el existencialismo es fundamental, es el momento en que la historia del pensamiento le permite al pensamiento mismo trascender desde sí y ubicarse en el sentimiento que, alejado de lo puro racional, le permite naufragar primero en el mar de la incertidumbre: de la vida.

¡El existencialismo es vivencia!

Don Miguel de Unamuno

Guillermo Vázquez (1970) escribe acerca de Miguel de Unamuno lo siguiente: “Unamuno era un trágico y para él la vida tenía un sentido trágico [...] El hombre concreto y existente es el objeto central de su filosofía [...] La esencia del hombre es, por lo tanto, su misma existencia y todo gira alrededor de ella” (pp. 26-27).

Don Miguel de Unamuno nació en Bilbao, España, en 1864 y muere en Salamanca, España, en 1936. Catedrático, profesor y rector de la Universidad de Salamanca, en donde fue “rector perpetuo”. Amante profundo de la filosofía del existencialista danés Søren Kierkegaard; así como del socialismo, al menos en su juventud (Enciclopedia del estudiante, 2009: 208).

No solo fue filósofo, sino además poeta (de hecho “hermanaba” a la filosofía con la poesía), novelista y escritor de teatro. Exiliado de su país por meros asuntos políticos; estimándose que, muy posiblemente, esto le llenó sus últimos años de vida de cierto disgusto y sinsabor.

Formó parte de la extraordinaria: “Generación del 98”, a la cual pertenecieron escritores como Pío Baroja, Azorín, Maeztu y otros más¹.

Leía y entendía el inglés, el latín, el italiano, alemán, griego y danés, pues ello le permitía leer directamente en la lengua vernácula de cada escritor.

Amante y admirador de Miguel de Cervantes a través de don Quijote, a quien constantemente en sus escritos hace referencia.

El amor que nos lleva a la Fe

El objetivo de este documento no está en escribir acerca del existencialismo como escuela histórica filosófica; tampoco lo es indagar en la biografía del filósofo Unamuno, ni siquiera realizar un psicoanálisis a su personalidad o una exégesis a su pensamiento. No, el objetivo es estimar las ideas de un personaje de la historia del

pensamiento cuyo legado filosófico se esconde entre sus novelas y poesías. En este caso, lo que se manifiesta en dos de sus textos filosóficos, a saber: *La agonía del cristianismo* y *Del sentimiento trágico de la vida*.

Quizás por su tan sensata demostración de originalidad es que el pensamiento de Unamuno muchas veces es “oscurecido”, hoy y, adrede, por las pseudofilosofías posmodernas; o bien, por antimetafísicos ¡sí, es que no son lo mismo!

Unamuno es un “metafísico”; se ha escrito que el existencialismo no deja de serlo. En Unamuno el concepto de “agonía” (αγωνία) no es sino sinónimo de *lucha* (Unamuno, 1966: 17) y para él como para el existencialismo la vida no es sino esto. Ya con Platón comprendíamos que la vida no es sino el encuentro entre el bien y el mal (concepciones metafísicas), que en san Agustín son definidos físicamente a partir de las acciones y decisiones del ser humano. En el ser humano el bien y el mal cohabitan y “se enfrentan” entre sí. Lo que para Unamuno es el enfrentamiento entre la vida y la muerte, la perpetuidad y el acabose, la esperanza y la desesperanza. Él escribe:

Alguien podrá decir que la paz es la vida –o la muerte– y que la guerra es la muerte –o la paz–, pues es casi indiferente asimilarlas a una o a otra respectivamente, y que la paz es la guerra –o la guerra es la paz– es la vida en la muerte, la vida de la muerte y la muerte de la vida, que es la agonía (Unamuno, 1966: 24).

Por lo tanto, la agonía, y esto es claro en el existencialismo, se da al encontrarnos en la realidad inevitable de la vida frente a la muerte. La lucha de la vida es mantenerse viva, pero la muerte parece que le vence, *vivir no es sino morir... pero acaso no es posible que morir sea vivir*². La vida es sufrimiento y no es sino síntoma del dolor mismo. Es efecto del dolor y causa del dolor: la vida es dolorosa. El nacimiento es doloroso y aún lo es más la muerte. La pérdida nos produce soledad y desvanecimiento del buen ánimo. Todo en la vida debe ir acompañado de dolor. “El dolor es

1. La Generación del 98 fue un grupo de escritores españoles afectados por la crisis que causó la caída definitiva del imperio español en 1898. Los escritores españoles escriben indignados por este hecho.

2. Nota del autor.

la sustancia de la vida y la raíz de la personalidad, pues solo sufriendo se es persona” (Unamuno, 2004: 234). El ser humano en cuanto su naturaleza: es entendimiento de los acontecimientos, interpreta y decide siempre. La personalidad del individuo siempre depende de agentes externos para hacerse, son sus experiencias personales, más que sociales, aunque una y otra se entrelazan. Con Unamuno esta esencia o sustancialidad: la personalidad, no es sino fruto y producto de esta experiencia de dolor, nos conforma fuertes o débiles, útiles o inútiles, sentirnos valiosos o no. ¡Nacemos para morir!

El dolor es inevitable. Incluso acerca del amor expone: “No hay verdadero amor sino en el dolor, y en este mundo hay que escoger o el amor, que es el dolor, o la dicha” (Unamuno, 2004: 235).

Desesperanzadora se nos muestra la existencia y con ella la vida y no hay otra salida, la vida parece no tener sentido, la vida no es vida y la existencia no merece serlo. Sin embargo, en el dolor y por el dolor nos dispondremos al encuentro mismo de y con Dios.

La religión tiene un cometido dentro de los inventos necesarios para la humanidad entera, hasta el ateo guarda su religión y la defiende como “cruzado”, *no creer es creer* (Unamuno, 1966: 68) escribe don Miguel, el ateísmo no es sino la *religión de la negación, que sin Dios no tendría sentido, no tendría existencia*³. El cometido de la religión como creación humana se halla en la naturaleza y esencia misma del ser humano por encontrarse consigo mismo en su incansable ímpetu y deseo por encontrar la verdad, la cual se le escapa; le rehúye.

El cristianismo es, para Unamuno, la religión del Dios personal. En Cristo se encuentra la persona con el Dios deseado; esto, desde su perspectiva teísta. Ama la idea de un Dios hecho ser humano, porque logra, por ello, entender el dolor, la agonía y la lucha de cada persona. En el cristianismo Unamuno va a creer por el Cristo. Cristo lo mantiene en la fe. Pero, para Unamuno,

es un imperativo ser un Cristo; no ser Cristo (Cfr. Unamuno, 1966: 31).

Unamuno considera de la filosofía como se ha escrito: semejante a la poesía. La filosofía se aleja de la ciencia –comprende él– pero, por ahora, comprendamos con el filósofo lo siguiente: la filosofía brinda una idea total y global de lo real, por ende de lo existente.

Comprendamos también que la idea de Unamuno, en tanto su definición de filosofía, se debe a su interés metafísico fundamentado en la realidad del *sum*. Incluso considera que la filosofía y la religión no están sino, por decirlo de esta manera, hermanadas; él escribe: “Ni hay religión sin alguna base filosófica ni filosofía sin raíces religiosas” (Unamuno: 2004: 150). A ello se debe, aún más, comprender la idea metafísica tradicional que de la filosofía en su generalidad guarda Unamuno. Recordemos que la filosofía nace, históricamente, de la religión.

Es pues que ante el discurso de la vida, del cual se dispuso Unamuno a exponer, escribe: “[...] como que la vida es tragedia, y la tragedia es perpetua lucha, sin victoria ni esperanza de ella; es contradicción” (Unamuno, 2004: 38).

Volver al concepto de la vida de Unamuno, de alguna manera, es conveniente para continuar visualizando su pensamiento. Ya está clara la idea de vida que maneja el filósofo español: ¡la vida es tragedia!, pero es tragedia porque es contradicción; cuando la vida debería significar a la razón esperanza, por ser vida, contrariamente nos remite al desencanto de que la vida es dolorosamente una muerte constante e indetenible. Al ser contradicción, la vida es un sinsentido y parece que ¡vivir no merece la pena!, mas si llegamos a comprender que todo el objetivo de una vida –cualquiera sea– es su felicidad, pero ¿cómo lograr esto en el sinsentido? En la nada de la desesperanza ¿qué sentido guarda el vivir si todo es desvanecimiento de la realidad y es nadiificación constante? ¿Es posible ser feliz así? ¿Acaso es la vida una falacia?

Pero Unamuno no es un filósofo del sin sentido, y si se muestra dispar a su esperanza ello sucede por el sinsabor que le causa la injusticia

3. Definición personal del autor referente al ateísmo.

que acometen quienes acallan a las voces de la rebelión justificada⁴.

Unamuno presenta un interés por demostrar filosóficamente (conste que la filosofía no deja de ser una especulación personal también) que en la vida hay sentido; de una manera religiosa y filosófica (ya entendimos que entre ellas se interdependen): “Vivir es darse, perpetuarse, y perpetuarse y darse es morir” (Unamuno, 2004: 172).

El sentido de la vida está en dejar un legado. Muy “franciscanamente” quizás lo expresa aún con detalle a través de lo siguiente:

Porque lo que perpetúan los amantes sobre la tierra es la carne de dolor, es el dolor, es la muerte. El amor es hermano, hijo y a la vez padre de la muerte, que es su hermana, su madre y su hija. Y así es que hay en la hondura del amor una hondura de eterno desesperarse, de la cual brotan la esperanza y el consuelo. Porque de este amor carnal y primitivo de que vengo hablando, de este amor de todo el cuerpo con sus sentidos, que es el origen animal de la sociedad humana, de este enamoramiento surge el amor espiritual y doloroso (Unamuno, 2004: 174).

Y es que para don Miguel el amor real no es sino el producto de una realidad evidente: el dolor, como ya se ha querido explicar.

En el amor aprendemos a compadecernos, así surge el amor, *porque amar es compadecer* (Unamuno, 2004: 176). El amor es real cuando sentimos con “el otro”, cuando entendemos su dolor y le acompañamos. Amar es el sentido de la vida, sin el amor la vida sí es nihilismo. El amor nace en el contacto con el otro, con quien nos lleva a sentir que amar es real.

¡Y si el amor es vida, entonces el amor debe ser salvación!... ¡es resurrección!⁵

A partir de acá, y en esta sencilla exposición del pensamiento de Unamuno quisiera valerme de una nueva cita textual del libro *La Agonía*

del Cristianismo, acá hace citación de Baruch Spinoza; a saber: “Non ridere, non lugere, nequedetestari, sed intelligere, no se debe reír, ni lamentarse, ni detestar, sino entender” (Unamuno, 1966: 34). Esta cita ha de ser acicate siempre para las mentes filosóficas que han siempre de evitar caer en el dogmatismo, muchas veces al cual combaten incluso.

Así pues, acudamos a la definición de verdad que en Unamuno vamos a encontrar, en comunión con el amor.

Acerca de la verdad y el amor

“¡Triste doctrina! ¡Sin duda..., la verdad en el fondo es triste!... “¡Triste está mi alma hasta la muerte!” (Unamuno, 1966, p 44) La verdad debe buscarse en la filosofía dice Unamuno (Cfr. Unamuno, 1966: 111). “La verdad es sum, ergo cogito: soy, luego pienso, aunque no todo lo que es, piense” (Unamuno, 2004: 65).

Ya hemos de tener claro que el presupuesto anterior es el típico de un existencialista; por ello, no nos debe extrañar esta afrenta a Descartes de parte de don Miguel de Unamuno, la esencia de la verdad es la realidad de la existencia, del ser. No obstante considera el filósofo que *la verdad absoluta y la duda absoluta nos están igualmente vedadas* (Unamuno, 2004: 155). Es en el amor —que no es sino *compasión* para Unamuno— en donde y cuando la existencia y la vida adquieren sentido. Sin el amor, el vacío personal es consiguiente al descubrimiento de que la vida es dolor. Aunque amar también conlleve dolencia por cuanto solo aprendemos a amar cuando sentimos el dolor del “otro”.

El amor personaliza el dolor, nos devela el acontecimiento de dolor y nos invita a compadecer a quien está dolido, aprendemos a acompañar, aprendemos a solidarizarnos. Amar, más que compasión, es solidarismo.

Y Dios que es “*conciencia del universo*” no es sino porque hemos amado, Dios sería el amor mismo personalizado: es Dios en todos. Dios es una realidad en cada ser viviente, le reconocemos

4. Pretendo explicar el hecho histórico que en Unamuno generó su exilio a causa de sus ideas y la expresión de éstas. El sentimiento no era de desesperanza, expongo porque interpreto, sino de disgusto.

5. Les requiero confrontar *La agonía del cristianismo* (1966: 27).

trascendentalmente en cada ser, porque cada ser sufre y solicita la compasión.

La fe trascendental

El modo de vivir, de luchar, de luchar por la vida y vivir de la lucha, de la fe, es dudar. Ya lo hemos dicho en otra nuestra obra, recordando aquel pasaje evangélico que dice: “¡Creo, socorre a mi incredulidad!” (Marc; IX, 24) Fe que no duda es fe muerta (Unamuno, 1966: 24).

He acá el hecho fundamental que define a la fe, la fe es dudar. Si la duda se erradicara sería certeza, pero la persona mantiene su fe porque quiere creer, no tiene la certeza ni la evidencia: la espera, y, si aquello que se espera llega, entonces dejó de ser fe; fue indudable veracidad.

Y no creer es creer (Unamuno, 1966: 68). La fe es inevitable, la fe es real a cada ser humano. El ateo también tiene su fe: ¡no creer! Esa misma fe que angustia al creyente teísta, angustia al ateo porque, ante sí, cabe la posibilidad, siempre, de que “el otro” tenga la posibilidad de la razón y, por ende, de la verdad. El ateo no es escéptico, es crédulo, tanto como el teísta... ¡o más!

Para Unamuno la vida no es sino fe, ¿por qué?, porque solamente la fe nos mantiene sintiéndonos vivos en nuestro anhelo de perpetuidad, ¡la vida quiere vivir! Sin la fe el sentido de la vida se pierde, tendemos al suicidio, nos autoaniquilamos. La fe es ese evento muy humano que hace de la existencia un objetivo de espera de que sucederá lo que tanto anhelamos: persistir. Es ilógico querer dejar de existir; queremos existir y vivir, pero sin el problema que nos acompaña y nos angustia. No nos mata el deseo de vivir, nos mata el deseo de morir... Morir en vida. Por eso, muchos acuerdan dejar de existir, de vivir, se suicidan: ¡perdieron la fe!

El interés de Unamuno es revelar que la existencia es vida solamente en la esperanza, y esa esperanza solamente nos viene por la fe. Y la fe se sustenta para dar esperanza en el amor, es decir en la solidaridad, entiéndase en la compasión.

Sin la fe la existencia se nos vuelve inexistencia pues más que escépticos nos volvemos pesimistas... sin esperanza alguna.

Y ¿por qué el dilema religioso de la fe? Unamuno responde con la sencillez, claridad y cordialidad de siempre: “¡Crear lo que no vimos!, ¡no!, sino crear lo que no vemos” (Unamuno, 2004: 217). Entonces la fe en el filósofo toma una connotación valiosísima, fe más que creer es ¡crear!

Vivimos de y en la fe porque somos capaces de crear. No se desanima quien tiene fe porque no está esperando, está construyendo, edifica su existencia no en el vacío sino en el terreno de lo real. La fe no es esperar, es objetivar aquello que espero, pero en la praxis: *creando más que creyendo*. La fe me hace un líder, el de mi propia vida. Más importante es considerar con don Miguel que esa creación surge de lo que no vemos, pero que no significa que surja de lo que no existe, al contrario, el sustento de que la fe sí existe, es la existencia misma y real de mí mismo, impregnada por la esencia de lo divino. Tener fe es ver, sentir a Dios en mí mismo. La fe es la evidencia de la existencia de Dios.

“La fe crea, en cierto modo, su objeto. Y la fe en Dios consiste en crear a Dios y como es Dios el que nos da la fe en Él, es Dios el que se está creando a sí mismo de continuo en nosotros” (Unamuno, 2004: 220). Para Unamuno, Dios es y nos crea de manera constante. Dios está “dentro de nosotros”, nos lleva a la esperanza, solamente la fe nos lleva por el camino de la semejanza de Dios. Sin la fe no podríamos llegar a Dios y eso es claro, pero, además, la fe “nos hace como Dios”, es decir: nos hace conscientes del dolor y también de la esperanza. La agonía que es la vida no sería vida si no fuera por el alivio de la esperanza. Solo Dios permite ese alivio, porque solo Dios me haría creer en mi perpetuidad, en mi eternización y en la realidad de una existencia sin dolor.

Pero Dios no es que se esconda sino que somos nosotros quienes rehuimos o nos escondemos de Dios; cita Unamuno: “Porque Dios sale al encuentro de quien le busca con amor y por amor” (Unamuno, 2004: 222). Dios, ante la razón y la ciencia, no encuentra explicación porque se

escabulle, por la naturaleza del problema, de sus capacidades, como intentar razonar o entender un dilema que alcanza más allá de mis capacidades cognitivas.

Ramírez (2012) escribe:

La certeza en las ciencias es relativa, no absoluta. La arrogancia intelectual positivista no llega muy lejos, como la ha confirmado la epistemología. Los logros científicos pueden generar dos actitudes opuestas: Una, la del espíritu arrogante que trata de imponer su verdad como la verdad, y la del espíritu humilde que, por el contrario, trata de Integrar verdades y soluciones (pp. 39-40).

La fe nos brinda esperanza y nos lleva a esperar en Dios. Solo en Dios y por Dios es posible nuestro mayor anhelo existencial: encontrarle sentido a la existencia, y cuando ello aparece y se da en nosotros y continúa el siguiente anhelo existencial: la eternidad.

La fe trasciende a ese deseo y cuando se descubre a Dios, porque ya no nos ocultamos de Dios, vamos a su encuentro, el temor aminora... o desaparece; se invisibiliza o diluye en la certeza del amor. Cuando el amor en Dios es conocido en mí mismo por la certidumbre de la esperanza me animo a reír, reírle a la vida. Sin Dios las sonrisas son menos; Unamuno (2004) agrega para solventar su idea:

[...] la fe es nuestro anhelo a lo eterno, a Dios, y la esperanza es el anhelo de Dios, de lo eterno, de nuestra divinidad... El hombre aspira a Dios por la fe, y le dice: "Creo, ¡dame, Señor, en qué creer!" Y Dios, su divinidad, le manda la esperanza en otra vida para que crea en ella. La esperanza es el premio a la fe. Solo el que cree espera la verdad, y solo el que de la verdad espera, cree. No creemos sino lo que esperamos, ni esperamos lo que creemos (p: 230-231).

La fe pasa a ser certeza. Creemos que lo esperado ya se ha dado, se ha dado en la Conciencia Universal, en Dios, quien actúa solo por amor. Solo en Dios el amor es absolutamente real, solo en Dios, pues habrá sentido a mi existencia, la que busca su eternidad.

La fe trascendental ante la racionalidad

Tanto para Unamuno como para cualquiera de nosotros resulta imposible comprobar científica o racionalmente la existencia del alma, y de igual manera, su la inmortalidad, pero como el objetivo existencial del filósofo español es esperararnos con la perpetuidad de la vida en la eternidad no es sino solamente por la fe que esto le será posible asegurarlo incluso. Claro, sin la posible certeza científica, pero que tampoco se puede evitar creerla, o bien, desacreditarla: la ciencia.

Ramírez (2012) escribe: "¿Qué sentido tendría el "gran nido cósmico", la vida y la historia de la sociedad humana separado de la historia de la salvación del hombre? Todo acabaría absurdamente con la muerte de las personas, la vida maravillosa del planeta, y todo el sistema cósmico" (p. 47). Desde tal punto de vista y de la lectura de lo filosófico-teológico no parece ser la fe un absurdo, no lo es realmente, absurda es la vida que muere, en tanto la fe nos revela un evento de lógica certidumbre: ¡la vida vive!

Ante el dilema de enfrentamiento entre fe y razón, el mismo autor aclara: "Fe y ciencia son dos fuentes de conocimiento que se complementan... Juan Pablo II en *Fides et Ratio* (1998) apoyado en las fuentes bíblicas señala: hay una profunda unidad entre el conocimiento de la razón y el de la fe" (Ramírez, 2012: 48). Ante esto es conveniente rescatar la certeza de esta aseveración en tanto, evidentemente, la persona no es solamente racionalidad o irracionalidad, es ambas a la vez. La fe brinda esa amplitud en gama de comprender el mundo desde una perspectiva, no necesariamente abstracta sino existencialmente desde la perspectiva de "la otra posibilidad". La fe sin la razón es arrogancia y viceversa. Pero parece que el evento de fe le brinda al evento de la razón amplitud o complemento. Para Unamuno (2004), la razón es enemiga de la vida. ¿Por qué?, porque le impide a la persona creer en la vida misma al negarle su eternidad; "[...] porque la razón es esencialmente escéptica" (p.121).

Pero ante lo que la razón puede enfrentar a la fe, Unamuno (2004) expone proverbialmente:

“La razón no nos prueba que Dios exista, pero tampoco que no pueda existir” (p. 184).

Sin embargo, para don Miguel, fe y razón se necesitan; tanto como conviven, aunque sean “enemigos”, porque la voluntad y la inteligencia se entrelazan para conformar la existencia.

Es decir, el sentimiento y la razón son dos evidentes componentes de la existencia humana social e individual. No puede haber ser humano solo sentimiento o solo racionalidad –imposible–; como bien ha dicho Unamuno: *no creer es creer*, por lo tanto, el científico y hasta el ateo tienen fe. Pero si a la inmortalidad del alma se refiere, o más exactamente a la del cuerpo, la razón se ve limitada en su capacidad de “dar razón válida”. Ello porque la razón se limita a lo sensorial, pero la fe no se limita. Por ello, pues, se extiende hacia lo no sensorial, lo metafísico, lo máximo trascendental ¡Y negar lo metafísico desde la ciencia es absurdo!

Unamuno (1966) en su interés de la fe trascendental no pretende sino llevar al ser humano al ser humano, esto lo asegura desde la filosofía de Blas Pascal, escribe: “La lectura de los escritos que nos ha dejado Pascal, y sobre todo la de sus pensamientos, no nos invita a estudiar una filosofía, sino a conocer a un hombre, a penetrar en el santuario de universal dolor de un alma [...]” (p. 103). Y continúa citando y narrando desde Pascal: “Es el corazón quien siente a Dios, no la razón, y he aquí lo que es la fe: Dios sensible al corazón, no a la razón” (p. 107).

Y es que para el existencialismo teísta de Unamuno se valida al “Dios cristiano”, es decir a Jesucristo. Como se ha dicho, Jesucristo es el Dios convincente a la fe de Unamuno, no solo por su marcado catolicismo en vida, sino porque le es sumamente atractiva la idea de Dios hecho hombre, lo que proporciona de una real empatía en el sentimiento del sufrimiento, del dolor... de la lucha que cada ser humano enfrenta. Este “Dios cristiano”: Jesucristo, sí puede entender con absoluta claridad la agonía de cada ser humano porque Dios Jesucristo quiso sentir la agonía, quiso experimentar nuestra agonía y por esto nos puede entender y comprender. El Cristo

entiende mi *yoicidad* porque Jesucristo también fue *otro yo*, ¡Dios se hizo yo!

Dios sí me entiende, esa es su conclusiva reflexión *antropoteísta*.

Dios

Es evidente la influencia de Sören Kierkegaard en Unamuno, es evidente que los *tres estadios de la vida* del filósofo danés se “encarnaron” en el pensador vasco. Es la fe el tercer estadio vital, este en la religión, con lo cual Unamuno se convence de que solo en Dios la fe toma sentido. Dios es la última puerta previo a la eternidad, es Él quien la posibilita.

Recordemos que el primer estadio en Kierkegaard nos indica (estadio estético) que la diversión y el placer “dirigen” los ímpetus y deseos humanos, es el estadio de los jóvenes. El segundo estadio (estadio ético) nos indica que este está dirigido por los proyectos de vida, sea en lo profesional, familiar, matrimonial, etc. Y el tercer estadio (estadio religioso) es el estadio en donde la persona aún se descubre “vacío” a pesar de prácticamente haber vivido y luchado por sus objetivos existenciales y lograrlos, pero la muerte se acerca y nos vamos quedando solos, entonces nos aferramos a Dios, a la fe en Dios, quien no eliminará el dolor, pero nos mantendrá en la esperanza del sentido de existir y haber existido.

Ante la existencia de Dios, a la fe, *el deísmo es para vivir, no para morir* (Unamuno, 1966: 128). Dios es quien invita a vivir, la fe es el camino para creerlo y comprobarlo, la razón nos imposibilita esto porque *solo en la fe se “ve” a Dios*.

Dios es el garante de la esperanza y de la felicidad, que da la idea y convicción de una eternidad de vida posterior a la muerte y por la cual la existencia y la vida solo tendrán real sentido.

Considera Unamuno que nuestra esencia en tanto es vivir, no queremos morir, y con la espera convencida de la eternidad la vida entonces deja de ser simplemente pasajera; pues en la muerte la vida pierde sentido total, es el “terror a la nada”.

Es en Jesucristo en donde la vida toma valor y sentido, pues en él la eternidad se nos promete y atestigua por la historia y no solo por la fe.

Es Jesús el Dios que ama Unamuno, porque me permite continuar en mi agonía esperanzada. Un Dios que me entiende porque “Él fue” en la tierra como yo.

La agonía es vivir, la agonía es la lucha de vivir. La vida no es existir: existir es subsistir. ¡Ser es poseer! La posibilidad de ser está en el dejar de ser. La agonía de vivir se descubre en la lucha por no dejar de existir, poseyéndose en el Ser –entiéndase la Divinidad– la posibilidad de no dejar de ser, la eternidad que solo es posible en el Ser.

Conclusión

La filosofía existencialista teísta, en donde ubicamos a Unamuno por su pensamiento, no es sino una invitación a lograr encontrar un sentido a lo que llamamos existencia y vida. La tarea es difícil en tanto la existencia se diluye en el devenir constante y con ello nos enfrentamos a la nada, al sin sentido.

La búsqueda de la esperanza que dé sentido a la vida es brindada por dos posibilidades, a saber: primero, la de continuidad de la vida y posteriormente a la muerte. Segundo, la posibilidad de hacer de este mundo inmanente uno de calidad trascendente, por el amor humano-divino latente en la Tierra: descubrir a Dios en nosotros.

La fe trascendental de Unamuno se desarrolla entre la esperanza y la desesperanza; entonces, “llega Dios” y con su llegada la vida tiende a la esperanza, el Dios de Kierkegaard es el Dios de Unamuno. Uno que, en el momento adecuado, reconstruye y alivia nuestra existencia a través de la esperanza que no elimina el dolor, sino que enseña a comprenderlo. Una fe en lo trascendental de la eternidad que no parte sino de y en Dios, en donde el “Dios hecho hombre”, Jesucristo, brinda una alegría de sentido a la vida, Es el Dios Cristo que me acompaña en este mundo inmanente. Ahora ese Cristo me invita a colaborar en la “salvación” del mundo.

Más que una religión, Unamuno propone una *metafísica de la esperanza*, una *filosofía de la religión*; es una *filosofía de lo pragmático*, el hacer es ya y acá.

Esta filosofía existencialista, más que evitar, invita al enfrentamiento con lo trágico de la vida, la lucha constante diaria, la agonía de existir, invita a esperar, a ser feliz, aún en la contrariedad de lo cotidiano.

Pero la filosofía de Unamuno no puede ser entendida sino a partir de la vivencia misma de esa “agonía existencial”, y esa agonía es personal, particular. No se puede entender o tratar de entender al filósofo vasco sino es a través de nuestra propia introspección de vida, adentrarnos en nosotros mismos, en donde la trascendentalidad comienza. La felicidad de Unamuno está en el amor y la comprensión del amor como solidaridad. La invitación trascendental no está en la “esperanza celestial”, aunque cabe la posibilidad, sino en la solidaria actitud del ser humano con el ser humano; es acá en donde el Cristo nos acompaña e invita al sentido de la existencia: ¡darlo todo por amor! La vida es vida solamente en el encuentro con el acontecimiento más humano: amar. Amando cada día tiene sentido. Por lo tanto, solo una conciencia de un “Dios Amor” (no de una religión) ayuda, colabora, en lograr darle sentido a un mundo que lo pierde por la falta de amor y de solidaridad. El Dios real debe ser amor, y solamente si el ser humano se atreve a encontrarse con Dios logrará entender el sentido de la vida.

Bibliografía

- González, Ángel. (1964). *Historia de la filosofía*, Madrid: Ediciones y publicaciones españolas.
- La Enciclopedia del estudiante: tomo 19: historia de la Filosofía*. (2006). Buenos Aires: Santillana.
- Ramírez, Pedro. (2012). “El universo y el gran diseño de Dios, un acercamiento desde la ciencia y la teología”, en *Revista Espiga*, San José, n° 23, pp. 39-40.
- Unamuno, Miguel. (1966). *La Agonía del Cristianismo*. Madrid: Colección Austral.
- Unamuno, Miguel. (2004). *Del Sentimiento trágico de la vida*. Buenos Aires: Longseller.
- Vásquez, Guillermo. (1970). *Una mirada al existencialismo*, Barcelona: Casa Bautista de publicaciones.